

—Me parece que uno y otro habían de ser unos buenos tunantes.

—Efectivamente, — dijo el comisionista, — eran dos tunantuelos.

## CAPITULO XV

*Donde se verá un retrato fiel de dos personas distinguidas, y una descripción exacta de un gran almuerzo, que nos lleva al encuentro de un antiguo conocido y al principio de otro capítulo.*

La conciencia de Mr. Pickwick le acusaba de haber olvidado á sus amigos del *Pavo de Plata*, y en la mañana del tercer día, después de la elección, salió á visitarlos, cuando su fiel criado puso en sus manos una tarjeta, en la cual veía en letras góticas la inscripción siguiente:

### LA SENORA DE CAZALEON

#### *La caverna Eatanswill*

—El portador espera, — dijo Sam.

—¿Pregunta por mí?

—A vos y sólo á vos busca.

—¿Es un caballero?

—Si no es un caballero es una imitación muy bien hecha.

—Pero es tarjeta de una dama.

—Sin embargo, me la ha dado un caballero. Espera en el salón, y dice que esperará todo el día con tal de veros. Mr. Pickwick bajó á la sala; un hombre grave estaba sentado allí. Levantóse prontamente, y al ver entrar á nuestro filósofo, dijo con aire de profundo respeto:

—¿Sois Mr. Pickwick?

—Sí señor.

—Permitidme, caballero, el honor de estrechar vuestra mano.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick.

El visitante sacudió la mano que se le ofrecía, y continuó así.

—Caballero, la fama nos ha hablado de vos como de un sabio anticuario: la nombradía de vuestros descubrimientos ha llegado á oídos de mistress Cazaleon, mi mujer, caballero. Yo soy Mr. Cazaleon.

Aquí se detuvo el hombre grave, como si hubiera creído que Mr. Pickwick se había de aturdir á aquella comunicación; pero viendo que el filósofo permanecía en calma, continuó en estos términos:

—Mi mujer, caballero, mistress Cazaleon, tiene orgullo en contar entre sus relaciones á todos los que han adquirido celebridad por sus obras y su talento. Permitidme, caballero, que coloque en aquella lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus compañeros del Club que ha fundado.

—Tengo muchísimo gusto, caballero, en conocer á una dama tan distinguida.

—La conoceréis, caballero, mañana por la mañana damos un gran almuerzo, una fiesta campestre, á que están convidadas un número considerable de personas, que se han hecho célebres por sus obras y por su talento. Conceded á mistress Cazaleon la satisfacción de veros en la caverna.

—Con mucho gusto.

—Mistress Cazaleon da muchos almuerzos, caballero, *galas de la razón, luces del alma*, como observó con mucho sentimiento uno que ha dedicado un soneto á mistress Cazaleon.

—¿Es célebre por sus obras y por su talento? — preguntó Mr. Pickwick.

—Ciertamente, caballero; todos los conocidos de mistress Cazaleon son célebres; su ambición consiste en no tener otra clase de relaciones.

—Es una nobilísima ambición.

—Cuando yo diga á mistress Cazaleon que esa observación ha salido de vuestros labios, caballero, ella se llenará de orgullo. Con vos viene un caballero que ha escrito algunos poemitas muy bellos.

—Mi amigo Snodgrass tiene mucho gusto por la poesía.

—Lo mismo que mistress Cazaleon: adora la poesía, caballero; la poesía la enloquece. Puedo decir que su alma toda está impregnada de poesía. También ella ha compuesto cosas deliciosas. Tal vez habréis visto su oda *A una rana moribunda*.

—No recuerdo...

—¿Es imposible! Ha producido una sensación extraordinaria. Primero apareció en *El Correo de las da-*



mas, y estaba firmada con una C y nueve estrellas. Principiaba así:

«¿Por qué te veo rana moribunda,  
expirante, sangrienta, espachurrada?  
¡Con lágrimas contemplo tu desdicha,  
espachurrada, moribunda rana!»

— ¡Encantador! — exclamó Mr. Pickwick.

— ¡Muy bello! — dijo el hombre grave; — ¡qué sencillez!

— ¡Sublime!

— La estrofa siguiente es más tierna aún. ¿Queréis que os la recite?

— Sí queréis...

— Héla aquí, — continuó el hombre grave; en tono aún más grave:

«Los demonios tal vez, los canes fieros  
en su locura insana,  
te lanzaron del charco en que vivías,  
¡espachurrada, moribunda rana!»

— ¡Divinamente expresado! — dijo Mr. Pickwick.

— Es un diamante, caballero; pero vos oiréis á la misma mistress Cazaleón recitar esta oda. Ella sola puede darle su verdadero valor. Mañana por la mañana, caballero, recitará en traje de máscara.

— ¿De máscara?

— En figura de Minerva. Pero me olvidaba; es un almuerzo de trajes.

— ¡Pero, pero!... — exclamó Pickwick mirándose; — yo, en verdad, no puedo disfrazarme.

— ¿Por qué no, caballero? ¿por qué no? Salomón Lucas, el judío, que vive en la calle Grande, tiene mil vestidos de capricho. Ved cuántos caracteres convenientes tenéis para elegir: Platón, Zenón, Epicuro, Pitágoras; todos fundadores de Clubs.

— Lo sé; pero no puedo compararme á esos grandes hombres, ni me atreveré á llevar sus vestidos.

El hombre grave meditó profundamente durante algunos minutos, y después dijo:

— Reflexionando, caballero, me ocurre que mistress Cazaleón tendrá gusto en presentar en su reunión á un hombre de vuestra celebridad en el traje que le es habitual, más bien que con un traje extraño. Yo me anticipo á prometeros en nombre de mistress Cazaleón que se hará una excepción en favor vuestro.

— En ese caso, — respondió Mr. Pickwick, — tendré gran placer en corresponder á vuestra invitación.

— Pero os hago perder tiempo — dijo desdeñosamente

el hombre grave, en tono de penetración. — Conozco el valor del tiempo, y no quiero entreteneros más. Diré á mistress Cazaleón que puede esperar con confianza, lo mismo que á vuestros ilustres amigos. Adiós, caballero; me vanaglorio de haber visto á un personaje tan eminente.

Y sin dar á Mr. Pickwick tiempo para responderle, Mr. Cazaleón se alejó gravemente.

El filósofo tomó su sombrero y se dirigió á *El Pavo de plata*. Ya Mr. Winkle había hablado allí del baile de trajes.

— Mistress Pott va también — fueron las primeras palabras con que saludó á su mentor.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo Mr. Pickwick.

— En figura de Apolo. Solamente que Mr. Pott se opone al traje.

— ¡Tiene razón! — dijo enfáticamente el sabio.

— Sí; llevará por tanto una túnica de satén blanco.

— Costará trabajo reconocer entonces al personaje — dijo Mr. Snodgrass.

— Pero como llevará la lira...

— Es verdad; yo no había pensado en la lira.

— Y yo — dijo Mr. Tupman, — iré de bandido.

— ¿Cómo? — exclamó Mr. Pickwick sobresaltado.

— De bandido? — repitió dulcemente Snodgrass.

— No creo que tengáis la intención — dijo Mr. Pickwick, examinando á su amigo con una severidad olímpica, — no creo, Mr. Tupman, que tengáis la intención de llevar un traje de terciopelo verde con una franja de dos dedos de ancho.

— Esa es mi intención precisamente — respondió con calor Mr. Tupman; — ¿y por qué no?

— ¿Por qué? — dijo Mr. Pickwick considerablemente excitado; — porque sois muy viejo, caballero.

— ¡Muy viejo! — exclamó Mr. Tupman.

— Y si es preciso otra razón, porque sois muy gordo. Mr. Tupman se puso encendido.

— ¡Caballero! — exclamó, — eso es un insulto.

— ¡Caballero! — dijo Pickwick con el mismo tono, — si os presentáis ante mí con un traje de terciopelo verde y franjas de dos dedos de ancho, me creeré gravemente insultado.

— Caballero, sois un impertinente.

— Vos lo sois más.

Mr. Tupman adelantó un paso ó dos y lanzó á mister Pickwick una mirada de reto. Mr. Pickwick lanzó también sobre él una mirada semejante, concentrada en un foco ardiente por medio de sus anteojos. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle permanecieron absortos de ver escena tal entre tales hombres.



Después de una corta pausa, Mr. Tupman continuó en un tono más bajo, pero profundamente concentrado:

—Me habéis llamado viejo.

—Sí.

—Y gordo.

—Y lo repito.

—Es impertinente.

—Es cierto.

Hubo un instante de silencio espantoso.

—Mi adhesión á vos, caballero — contestó mister Tupman hablando con voz trémula de emoción y doblando sus mangas al mismo tiempo, — mi adhesión á vuestra persona es grande, muy grande, pero es preciso que yo tome venganza de vos.

—Acercaos, caballero — dijo Mr. Pickwick.

Estimulado por la natural excitación de aquel diálogo, el hombre inmortal tomó una posición defensiva.

Felizmente Mr. Snodgrass se precipitó entre los dos combatientes, con inminente peligro de recibir en las sienes un puñetazo de cada uno.

—¡Cómo! — exclamó recobrando de repente el don de la palabra, que el exceso de su asombro le había quitado; ¡cómo, Mr. Pickwick, vos, vos, en quien están fijas las miradas del universo! ¡Mr. Tupman, vos, que estáis iluminado como nosotros por el resplandor divino de su nombre! ¡Qué vergüenza, señores, qué vergüenza!

De la misma manera que las líneas escritas con lápiz ceden á la influencia de la goma elástica, así las arrugas inusitadas que marcaban una cólera pasajera en la frente de Mr. Pickwick, se borraron gradualmente durante las palabras de su amigo. Este hablaba aun, y ya la fisonomía del filósofo había recobrado su ordinaria expresión de bondad.

—He estado muy violento — dijo Mr. Pickwick, demasiado violento. Tupman, dadme vuestra mano.

La nube que cubría el semblante de Mr. Pickwick se disipó al oír estas palabras, y estrechó calurosamente la mano de su amigo, respondiendo:

—Yo he estado también muy violento.

—No, no — respondió precipitadamente Mr. Pickwick. — Yo soy quien no ha tenido razón. Os pondréis el traje de terciopelo verde.

—No, no.

—Para darme gusto os lo pondréis.

—Bien; si os empeñáis, me lo pondré.

Se decidió, por lo tanto, que Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass llevarían trajes de disfraz, y mister Pickwick, en el calor de sus sentimientos, aprobó aquella determinación.

Mr. Cazaleón no había exagerado los recursos de mis

ter Salomón Lucas. Sus trajes eran numerosos, innumerables, no estrictamente clásicos, es cierto, pero estrictamente nuevos, y sin representar precisamente las modas de ninguna edad ni de ningún país, estaban más ó menos rellenos de paja. Se podía objetar que no producirían efecto á la luz del sol, pero sabido es que resplandecían mucho á la luz de las bujías. Mr. Salomón Lucas convenció de esta ventaja á Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, que se comprometieron á llevar los trajes que el gusto y la experiencia del almacenista les recomendaran.

Los pickwickianos alquilaron un coche en el hotel; un cupé debía transportar á Mr. Pott y á su esposa á la mansión de mistress Cazaleón. Como una delicada ofrenda de gratitud por la invitación que había recibido, Mr. Pott había ya predicho con confianza en la *Gaceta de Batanswill* que la caverna ofrecía una perspectiva deslumbradora, un resplandeciente foco de belleza y talento, un tierno espectáculo de hospitalidad abundante y pródiga, y sobre todo, un grado de esplendor endulzado por el más exquisito tono, y junto al cual las maravillas de las *Mil y una noches* serían cosas lúgubres y tan sombrías como sería el espíritu del sér atribiliario y grosero que intentase manchar con el veneno de la envidia los preparativos hechos por la ilustre dama, en cuyos altares él presentaba una ofrenda de admiración. Esta última frase iba dirigida á *El Independiente*, que por no ser invitado á la fiesta había tratado de ponerla en ridículo aquellos días.

Llegó la mañana. Era un bello espectáculo ver á mister Tupman en traje completo de bandido, con su chaleco de tal modo apretado, que se plegaba en el pecho y en la espalda. La porción superior de sus piernas se encontraba comprimida en un pantalón de terciopelo, y la parte inferior estaba enlazada en las complicadas cintas que tanto usan los bandoleros. Era un placer ver sus bigotes retorcidos, y el cuello de la camisa abierto, por donde salía una cara más abierta aun. Era un placer contemplar su sombrero, en forma de pilón de azúcar, adornado con cintas de todos colores. La apariencia de Mr. Snodgrass era también agradable; tenía unas calzas de satén azul, zapatos de seda; su cabeza estaba cubierta por un casco griego, y como sabe todo el mundo, y como aseguraba Mr. Salomón Lucas, aquel era el traje ordinario, auténtico, de los trovadores, desde sus tiempos más remotos hasta que desaparecieron de la tierra.

La calesa que conducía al bandido y al trovador se detuvo detrás del cupé de Mr. Pott, el cual cupé se había detenido á la puerta de la casa, cuya puerta se abrió



para dar paso á Mr. Pott, que entre los gritos del pueblo apareció en la calle. Llevaba el traje de un magistrado ruso, y llevaba en la mano un knout, símbolo elegante del temible poder de la *Gaceta de Batanswill*, y de las flagelaciones con que castigaba á los culpables políticos.

—¡Bravo! — exclamaron Mr. Tupman y Mr. Snodgrass, viendo aquella alegoría ambulante.

—¡Bravo! — repitió la voz de Mr. Pickwick desde el fondo del corredor.

—¡Hurra, Pott! — exclamó el pueblo.

Durante las saluciones el editor subió al cupé, sonriendo con una especie de dignidad graciosa, que atestiguaba suficientemente que conocía su poderío y sabía usar de él.

Detrás salió mistress Pott, que se hubiera parecido mucho á Apolo si no hubiera llevado traje. Conducíala Mr. Winkle, y éste, con su traje encarnado, se hubiera parecido á un cazador, si no se confundiera su vestido con el de un cartero de Londres. Por fin apareció Mr. Pickwick, y fué aplaudido por los pilluelos tan ruidosamente como los demás, sin duda porque sus calzones y sus polainas tenían una apariencia de antigüedad.

Los dos coches se dirigieron juntos á la casa de los Cazaleón. El que llevaba á Mr. Pickwick llevaba también á Sam Weller, que debía ayudar al servicio.

Todos los individuos, hombres y mujeres, galanes y señoritas, chicos y viejos, que estaban reunidos para contemplar á los visitantes, se asombraron al ver á mister Pickwick dando el brazo por un lado al bandido y por otro al trovador. Pero cuando Mr. Tupman, para hacer su entrada convenientemente, se empeñó en adaptar sobre su cabeza el sombrero puntiagudo, se oyeron gritos tumultuosos, tales como nunca se habían oído.

Los inmensos y suntuosos preparativos de la fiesta realizaron completamente las proféticas alabanzas de mister Pott sobre las maravillas fabulosas de las *Mil y una noches*, y contradecían al mismo tiempo las pérdidas insinuaciones del venenoso *Independiente*. El jardín estaba lleno de gente. Nunca se habían visto reunidas tantas personas notables por su belleza, su elegancia y su talento. La joven Llady que escribía la sección poética en la *Gaceta de Batanswill*, estaba en traje de odalisca, se apoyaba en el brazo del joven encargado de la sección de crítica, vestido de feld-mariscal. Había muchos autores que habían escrito libros enteros y que los habían impreso. Podía vérselos andando como hombres ordinarios, sonriendo, hablando y aun diciendo tonterías, sin duda para que les entendiera la gente vulgar de que estaban rodeados. Había también músicos con su som-

brero de cartón dorado; cuatro cantores, que se decían italianos, con traje nacional. En fin, estaba mistress Cazaleón, vestida de Minerva, recibiendo los convidados y manifestando abiertamente el orgullo y el placer que experimentaba al ver reunidas en su casa tantas personas distinguidas.

Un criado anunció á Mr. Pickwick, y aquel ilustre personaje se acercó á la divinidad que presidía, teniendo enlazados sus brazos con los del bandido y del trovador.

—¿Es posible — exclamó mistress Cazaleón, — que yo tenga realmente la satisfacción de ver á Mr. Pickwick?

—En persona, señora — respondió el filósofo saludando muy bajo. — Permittedme que os presente á mis amigos Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass.

Pocas personas, á menos que no lo hayan experimentado, saben cuán difícil es saludar con pantalones estrechos de terciopelo verde con chaleco apretado y sombrero en forma de pilón de azúcar, ó bien con un jubón de satén azul y medias de seda, ó bien con botas á la rusa, especialmente cuando estas cosas no han sido hechas para el que las lleva, y han sido puestas sobre la persona sin la más ligera atención á las dimensiones del traje y del que se lo pone. Nunca se han visto contorsiones semejantes á las que hizo Mr. Tupman para aparecer elegante; jamás se vieron posturas tan ingeniosas como las de sus compañeros de disfraz.

—Mr. Pickwick — dijo mistress Cazaleón, — es preciso que me prometáis que estaréis en mi casa todo el día.

—Sois muy amable, señora, — contestó Mr. Pickwick.

—En primer lugar, he aquí mis niñas, que las he'ía olvidado — dijo Minerva, mostrando con aire negligente dos jóvenes perfectamente desarrolladas, que podían tener de veinte á veintidós años y que llevaban trajes infantiles.

¿Era para que aparecieran más modestas, ó para hacer más joven á su mamá?

—Son encantadores — dijo Mr. Pickwick cuando las amables niñas se retiraron.

—Caballero — replicó Mr. Pott con aire de majestad, — es que se parecen como dos gotas de agua á su mamá.

—Callad, picarón — dijo alegremente mistress Cazaleón, dando con su abanico un golpecito en el brazo al editor.

(¡Minerva con abanico!)

—Ciertamente, — repuso Pott, — bien sabéis que el año pasado, cuando vuestro retrato estaba en la expo-



sición, todo el mundo preguntaba si erais vos ó vuestra hija más pequeña, porque os parecéis tanto, que no había medio de encontrar diferencia.

— ¡Conde! ¡conde! — gritó de repente mistress Cazaleón dirigiéndose á un individuo que pasaba al alcance de su voz, y que tenía un uniforme extranjero y enormes bigotes.

— ¡Ah! ¿qué queréis? — dijo el conde volviéndose.

— Quiero presentar el uno al otro á dos hombres muy espirituales. Mr. Pickwick, tengo mucho gusto en presentaros al conde Smorltolk.

Mistress Cazaleón añadió al oído del filósofo: El famoso extranjero que aquí está reuniendo materiales para su obra sobre la Inglaterra, ¿sabéis?

Mr. Pickwick saludó al conde con una gran reverencia. El conde sacó su libro de apuntes.

— Mr. Pigwig, ¿eh? — dijo el conde; — Bigwig... un abogado, ¿no es eso?

— No, conde; Pickwick.

— ¡Ah! ya. ¿Cómo estáis, Mr. Pique Figue?

— Muy bien, gracias — respondió Pickwick con su afabilidad acostumbrada. ¿Hace mucho que estáis en Inglaterra?

— ¡Ah! mucho más de quince días.

— ¿Estaréis mucho más?

— Una semana.

— Tendréis mucho trabajo para recoger en tan poco tiempo todos los materiales que necesitáis.

— ¡Ah! ya están recogidos.

— ¿De veras? — exclamó Pickwick.

— Están aquí — exclamó el conde dándose un golpe en la frente con aire significativo. — En mi patria tengo un libro repleto de notas. Música, ciencia, poesía, política, todo.

— La palabra *política*, caballero, comprende en sí misma un estudio difícil y de inmensa extensión.

— ¡Ah! — exclamó el conde, sacando su libro de notas, — muy bien; magníficas palabras para empezar un capítulo. «Capítulo cuarenta y siete: *La palabra política comprende en sí...*»

Y la observación de Mr. Pickwick fué anotada en las tabletas del conde Smorltolk con las adiciones y variantes que le sugirió su imaginación ardiente y su perfecto conocimiento de la lengua.

— Conde — dijo mistress Cazaleón.

— Señora — respondió el conde.

— He aquí á Mr. Snodgrass, un amigo de mister Pickwick, y poeta.

— Esperad, — exclamó el conde, sacando su memorandum. — «Libro, poesía, capítulo de los amigos literarios,

nombre: el hombre gordo.» Presentado al hombre gordo por mistress Cazaleón.

Y el conde hizo mil reverencias, cerró su libro y se alejó, persuadido de que venia á añadir á sus conocimientos sobre Inglaterra las más importantes y útiles observaciones.

— ¡Es un hombre asombroso! — exclamó Minerya.

— ¡Un filósofo profundo! — añadió Mr. Pott.

— ¡Un ingenio penetrante y vivo! — añadió Mr. Snodgrass.

Un coro de invitados cantó las alabanzas del conde Smorltolk, sacudiendo todos la cabeza y diciendo unisonos:

— ¡Asombroso!!!

Como el entusiasmo en favor del conde Smorltolk se encendía cada vez más, los elogios hubieran durado hasta el fin de la fiesta, si los cuatro caballeros italianos, colocados en fila junto á un manzano para producir un efecto pintoresco, no se hubieran puesto á cantar sus aires nacionales. Es preciso confesar que las piezas no parecían de difícil ejecución, y todo el secreto parecía consistir en que tres de los cantores italianos gruñían mientras el cuarto maullaba. Terminada aquella interesante pieza, un joven muy aplaudido por toda la concurrencia empezó á encaramarse sobre una silla y saltar por encima de ella, á hacer las más raras piruetas y contorsiones. Después hizo una corbata de sus piernas, enredadas en el cuello, terminando con demostrar con cuánta facilidad puede una figura humana tomar la apariencia de la de una rana. Los numerosos espectadores estaban locos de entusiasmo y admiración. Después cantó con voz muy apagada la mujer de Mr. Pott, y el auditorio, con la mayor cortesía, se figuró oír una canción enteramente clásica, una canción de carácter, porque Apolo era compositor, y los compositores cantan rara vez sus propias obras y nunca las de otro. Por fin, mistress Cazaleón se adelantó y recitó su obra inmortal *A una rana expirante*. Oyéronse *bravos, brava, bravi* y muchos *que se repita*, y la dama recitó su oda segunda vez. Iba á recitar la tercera, pero la mayoría de los convidados, pensando que era tiempo de tomar alguna cosa, exclamaron que no debía abusarse de la amabilidad de mistress Cazaleón. En vano mistress Cazaleón protestó que estaba dispuesta á recitar otra vez la oda; sus amigos eran demasiado corteses, demasiado finos, para consentir oír la otra vez bajo ningún pretexto. Abrióse la sala del refresco, y todos se precipitaron dentro en tumulto, disputándose cuál llegaba primero. Todos sabían efectivamente que aquella ilustre dama tenía por costumbre preparar un almuerzo para cincuenta y después convidar trescientos.



—¿Dónde está Mr. Pott? — preguntó mistress Cazaleón, ocupándose en colocar cada convidado en su sitio.

—¡Aquí estoy! — exclamó el periodista desde el extremo opuesto de la habitación, sin esperanza de comer, á menos que la dueña de la casa no hiciera por él alguna cosa extraordinaria.

—Venid por aquí — exclamó ella.

—Os lo suplico, no os molestéis por él — dijo mistress Pott con voz afectuosa; — allá está muy bien; ¿no es verdad, querido, que estáis ahí muy bien?

—Sí, amor mío — respondió el desventurado Pott con una triste sonrisa.

¡Ay! ¿de qué le servía su knout? El brazo nervioso que le hacía caer sobre los hombros públicos con un vigor gigantesco, estaba paralizado por una mirada de la imperiosa mistress Pott.

Mistress Cazaleón miró con aire de triunfo en torno suyo. El conde Smorltolk estaba activamente ocupado en tomar nota del contenido de los platos. Mr. Tupman, con más gracia de la que en todos tiempos habían desplegado los bandidos de Italia, hacía los honores de una ensalada. Mr. Snodgrass, que había suplantado al crítico de la *Gaceta de Eatanswill*, estaba enfrascado en una disertación apasionada con la joven lady que hacía la sección poética, y Mr. Pickwick estaba universalmente amable. Nada parecía faltar en aquella escogida sociedad, cuando Mr. Cazaleón, cuya ocupación en semejantes fiestas era mantenerse en pie junto á la puerta y hablar con las personas menos importantes, gritó con todas sus fuerzas dirigiéndose á Minerva:

—Aquí está Carlos Fitz-Marshall.

—¡Gracias á Dios! — exclamó la dama; — ¡con cuánta ansiedad le he esperado! Señores, os lo suplico, dejad pasar á Mr. Fitz-Marshall; que venga acá en seguida para reñirle por haber tardado tanto.

—¡Aquí estoy! — dijo una voz muy clara; lo más pronto que he podido... mucha gente... sala llena... difícil acercarse á vos, muy difícil.

A Mr. Pickwick se le cayeron de la mano el tenedor y el cuchillo. Miró á Mr. Tupman, que también había dejado caer su tenedor y su cuchillo, y que parecía dispuesto á sepultarse en tierra.

—¡Ah! — exclamó el recién venido, mientras se abría paso entre una multitud de turcos, de oficiales, y de caballeros de Carlos II, que formaban una barricada entre él y la mesa. — ¡Ah! he aquí mis vestidos cilindrados... privilegio de invención... ni un pliegue en mi traje... admirablemente planchado... ¡buena idea! cilindrar uno su traje en casa... operación fatigosa.

Pronunciando estas frases, un joven vestido de ofi-

cial de marina consiguió acercarse á la mesa, y presentó á las miradas atónitas de los pickwickianos la facha y las facciones de Mr. Alfredo Jingle.

Apenas había tenido tiempo de tomar la mano que le alargaba mistress Cazaleón, cuando sus miradas encontraron las órbitas indignadas de Mr. Pickwick.

—¡Ah! me había olvidado — exclamó el culpable... — olvidado... no he dado orden al postillón... voy al instante... vuelvo.

—El criado ó Mr. Cazaleón avisará al cochero — dijo mistress Cazaleón.

—No... yo mismo... no tardaré... en un abrir y cerrar de ojos — respondió Jingle, y desapareció entre la multitud.

Mr. Pickwick se levantó lleno de indignación.

—Señora — dijo, — permitidme que os pregunte qué hombre es ese y en dónde reside.

—Es un caballero que tiene una gran fortuna. ¡Cuánto deseo presentároslo! También el conde tendría gusto en conocerle.

—Sí, ¿pero dónde vive?

—En Bury, hotel de *El Angel*.

—¿En Bury?

—En Bury Saint-Edmunds, á algunas millas de aquí. Pero... ¡Dios mío! Mr. Pickwick, ¿nos dejáis? No lo consiento.

Antes que mistress Cazaleón hubiera acabado de pronunciar estas palabras, Mr. Pickwick había atravesado por entre la multitud y había llegado al jardín. Bien pronto se le unió Mr. Tupman, que le había seguido de cerca y que le dijo:

—Es inútil, ha partido.

—Ya lo sé — dijo Mr. Pickwick con calor; — pero yo le seguiré.

—¿Le seguiréis? ¿y á dónde?

—A Bury, en el hotel de *El Angel*. ¿Quién sabe si estará engañando á alguien en este sitio? Ya engañó á un hombre excelente, y nosotros sin querer tuvimos la culpa. No sucederá otra vez como yo pueda impedirlo. Quiero quitarle la máscara. ¡Sam! ¿dónde está mi criado?

—Aquí estoy, señor — dijo Sam, saliendo de un sitio extraviado, donde estaba ocupado en examinar una botella de vino de Madera que había sustraído de la mesa dos horas antes.

—Seguidme inmediatamente, — dijo Mr. Pickwick. — Tupman, si me quedo en Bury, podéis ir allá cuando yo os escriba. Hasta luego, adiós.

Las observaciones fueron inútiles; Mr. Pickwick estaba animado, y había tomado una resolución. Mr. Tup-



man volvió al lado de sus compañeros, y una hora después había ahogado en vino el recuerdo de Mr. Jingle ó de Mr. Fitz-Marshall.

Entre tanto mister Pickwick y Sam Weller, encaramados en un coche público, veían disminuir de minuto en minuto la distancia que les separaba del pueblo de Bury Saint-Edmunds.

## CAPITULO XVI

*Que contiene demasiadas aventuras para poderlas resumir brevemente*

Preocupado con la resolución que había tomado de desenmascarar á Jingle en cualquier parte donde le encontrara, Mr. Pickwick iba por el camino taciturno y pensativo, reflexionando en los medios que debía emplear para realizar su proyecto; pero poco á poco dirigió su atención á los objetos que le rodeaban, y al fin se puso de tan buen humor, como si hubiera emprendido aquel viaje por el motivo más agradable del mundo.

—Delicioso paisaje, Sam — dijo.

—Entierra los techos y las chimeneas — respondió el criado tocando su sombrero.

—En efecto — contestó Mr. Pickwick sonriendo; — yo supongo que no habrás nunca visto sino techos y chimeneas, mortero y ladrillos.

—Yo no he sido siempre mozo de posada, caballero — respondió Sam sacudiendo la cabeza. — Yo he sido en otro tiempo criado de carretero.

—¿Cuándo?

—He sido mozo de un carretero, y después de un cochero, y después mozo de cuerda, y después criado de fonda. Ahora soy criado de un caballero. Yo mismo seré caballero un día de estos, con mi pipa en la boca y una butaca en mi jardín; ¡quién sabe! No me extrañaría.

—Eres un verdadero filósofo, Sam.

—Creo que eso es de familia, caballero. Mi padre tiene ahora esa profesión. Cuando mi madrastra le encorara, él se pone á silbar, ella se irrita y le rompe la pipa; él se va pacíficamente y trae otra. Entonces ella rebuzna

todo lo que puede y le dan ataques de nervios. El no se mueve y fuma con mucha tranquilidad su pipa hasta que ella vuelve en sí. Esto es filosofía, caballero.

—Por lo menos una cosa parecida, — respondió mister Pickwick. — Esto debe ser muy útil en vuestra vida errante.

—¡Util! Cuando me salí de casa del carretero, y antes de entrar en casa del cochero, he estado durmiendo quince noches en una habitación sin muebles.

—¿Una habitación sin muebles?

—Sí; los arcos en seco del puente Waterlloo; linda alcoba, á dos pasos del centro de los negocios. Lo único que tiene es que es un poco ventilada. Allí he visto cosas buenas.

—¡Ah! lo supongo — dijo Pickwick con interés.

—Cosas que traspasarían vuestro tierno corazón. No hay allí mendigos ordinarios; jóvenes mendigos de ambos sexos que no han empezado aun su profesión; pero los que más generalmente se alojan allí son las pobres criaturas sin asilo que se mueren de hambre, las pobres criaturas que no pueden pagar la cuerda de dos peniques.

—Decidme, Sam, ¿qué es eso de la cuerda de dos peniques?

—Es una posada, señor, donde los lechos cuestan dos peniques por noche.

—¿Y por qué dan á los lechos el nombre de *cuerdas*?

—Cuando los jóvenes y las niñas que tienen esa clase de hoteles los abrieron, estaban dispuestas las camas en el suelo; pero esto no les convenía. En lugar de estar un espacio de tiempo arreglado á la cantidad de dos peniques, los durmientes se estaban allí hasta medio día; así es que ahora tienen dos cuerdas, distantes la una de la otra como seis pies y elevadas sobre el piso á una altura de tres pies. Estas cuerdas van de un lado á otro de la habitación, y sobre ellas están los lechos en fuertes telas extendidas.

—Bien, ¿y qué?

—Las ventajas de este plan son palpables. Todas las mañanas á las seis sueltan una de las cuerdas, y ¡cataplún! todos los durmientes caen en tierra. Así se despiertan admirablemente, se levantan de buen humor y se van muy contentos... Pero decidme — continuó Sam interrumpiendo su verboso discurso, — ¿es Bury Saint-Edmunds el pueblo que se ve allá?

—Precisamente — dijo Mr. Pickwick.

Poco después el coche rodó por las calles limpias y bien empedradas de una preciosa villa, y se detuvo delante de una posada que había en medio de la calle principal, casi enfrente de la antigua abadía.